



## Barbie piensa en la muerte

«¿Y vosotros, nunca pensáis en la muerte?».

La escena se congela en Barbieland. Las luces dejan de centellear y la melodía emite un último y lastimoso quejido antes de silenciarse. Las *barbies* y *kens* que bailaban desenfadadamente en esa noche —ide miércoles!— al ritmo de Dua Lipa se paralizan. Todos vuelven sus rostros perfectos para mirar con la boca abierta, entre la estupefacción y el reproche, a Barbie Estereotípica, la muñeca protagonista de la película, que acaba de pronunciar la pregunta.

Se impone un silencio incómodo. Estupenda y brillante, Barbie Estereotípica se ve en un aprieto por haber mentado lo innombrable. Algo así como cuando a un adulto se le escapa, con los niños

delante, que los Reyes Magos son los padres. La magia se ha roto y no hay perdón para el bocazas. Pero parece que sí para Barbie. Barbieland, al fin y al cabo, es un lugar de felicidad y ensueño donde todo es posible para las mujeres. Así que, simplemente, Barbie recula, dice que se muere —iups!— por bailar y todo vuelve a su festiva normalidad.

¿Todo? No, no todo. Aunque siga la fiesta, la muerte ha entrado en el paraíso, y con ella el temor y el progresivo deterioro físico de la muñeca protagonista. Primero es una mala noche, luego el mal aliento, la leche cortada. Después llega una caída inesperada, los pies planos y, por último, la celulitis. La perfección se ha roto. La crisis está servida.

La escena con la que la directora Greta Gerwig (Sacramento, EE. UU., 1983) marca el primer punto de giro en el guion de *Barbie* (2023) es probablemente uno de los retratos más agudos, divertidos y certeros del estado de la cultura contemporánea. Una sociedad dinámica, próspera en lo material, donde vivir bien es sinónimo de abundancia y placer. Aquí y ahora, el único pecado es no ser feliz —o al menos no aparentarlo—. Obsesionados con la eterna juventud y la perfección física, hemos creado los filtros fotográficos, las dietas intermitentes y las cirugías estéticas. Las mujeres de cuarenta visten como las de veinte, las de sesenta como las de cuarenta, y a nadie le gusta que le llamen *señora*. Los gimnasios se abarrotan en un alienante culto al

cuerpo, que muchas veces va más allá del bienestar físico e incluso del mental. Envejecer se ha vuelto una decisión personal, casi una negligencia. Si envejeces es porque quieres: no te cuidas lo suficiente, no te has iniciado en las rutinas del *skincare* o el bótox mucho antes de que apareciese tu primera arruga en la frente. Por no hablar de las canas y no digamos ya las estrías.

Estamos llamados a la belleza y a la felicidad, y parece que es a través del mercado de consumo como debemos alcanzarlas. Ser joven es un valor al alza, y esto implica continuar saliendo de fiesta y de *tardeos*, arrastrar el estado postuniversitario durante más de una o dos décadas, viajar por medio mundo y no tener más compromiso que el de un buen trabajo que te permita vivir al ritmo que te marca, precisamente, ese espejismo de felicidad. «El dinero no da la felicidad —ironizaba en cierta ocasión Woody Allen, uno de los cineastas que, con mayor o menor acierto, ha hurgado en las heridas de la sociedad occidental—, pero proporciona una sensación tan parecida que hay que ser un especialista para diferenciarlos».

¿Y dónde queda la muerte? Como en Barbieland, también es hoy un tema tabú. No queremos morir sino «marcharnos» y, si el viaje se pone difícil, decidir el momento de partir y así ahorrarnos los sufrimientos propios y ajenos. En muchos tanatorios ya es difícil velar a un muerto. Es poco decoroso pasar

por el mal trago de ver el estado de nuestro cuerpo cuando nos abandona el alma. Preferimos sentarnos en sillones de polipiel colocados al margen, en torno a unas flores, y obviar que, al doblar la esquina, detrás de un cristal, en un féretro, hay una parte de alguien a quien amábamos y cuyo estado nos apela en lo más hondo.

## UNA CUESTIÓN DE VIDA

La pregunta por la muerte es la gran pregunta por la vida. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, el director Roberto Rossellini rodó una de las obras maestras del neorrealismo italiano: *Roma ciudad abierta* (1945). La película recoge las historias verídicas de algunos miembros de la Resistencia italiana durante la ocupación nazi, incluido un sacerdote católico, el Padre Pietro, que colaboró con ellos y los asistió espiritualmente. Los nazis lo detuvieron y lo sometieron a un proceso de juicios y torturas que terminó con su condena a muerte. «Tenga valor», le dijo uno de sus acompañantes momentos antes de la ejecución. A lo que el sacerdote respondió: «No es difícil morir bien, lo difícil es vivir bien».

Interrogarnos por la muerte nos lleva inevitablemente a preguntarnos por la persona. Y no porque seamos seres para la muerte, parafraseando a Heidegger, sino porque estamos hechos para la

«Ese frenazo en seco  
que experimentan  
barbies y kens en  
la pista de baile es  
el mismo que sufre  
nuestro mundo cuando  
la muerte nos golpea de  
manera inesperada o  
catastrófica»

vida. Del sentido y valor que demos a nuestra muerte dependerá nuestra manera de vivir la existencia que nos ha sido dada; una existencia que, además, algunos creemos que se convertirá en eterna. Pensar en la muerte nos ayuda a saber cómo vivir y también a preguntarnos quiénes somos.

Por eso la pregunta de Barbie pincha el globo, distorsiona la idea de la vida que nos venden desde tantas marquesinas, escaparates y *post* de Instagram. La escena que crea Gerwig retrata una cultura que pretende vivir sin afrontar la cuestión sobre la que deberíamos construir nuestras auténticas «casas de ensueño». Ese frenazo en seco que experimentan *barbies* y *kens* en la pista de baile es el mismo que sufre nuestro mundo cuando la muerte nos golpea de manera inesperada o catastrófica.

¿Qué busca Greta Gerwig? ¿Quién es esa joven cineasta californiana que, con solo tres películas como directora y algunas más como actriz, se ha coronado como una de las mujeres más poderosas de Hollywood? ¿En serio tiene algún sentido hablar de la vida y de la muerte con una muñeca tan insustancial y frívola como Barbie? ¿Qué tiene que ver Barbie conmigo?

Todo. Porque Barbie eres tú. Y Gerwig. Y yo. Estamos ante una película que busca hablar sobre la valía del ser humano y que también de un modo muy especial atiende a la especificidad femenina. Y no solo esto: Greta Gerwig plantea desde la vida

real de la mujer *millennial* una alternativa a tantas propuestas ideológicas que, hoy en día, pretenden decirnos qué somos, qué debemos ser o qué no debemos ser los hombres y las mujeres.

Este libro, que amplía el ensayo homónimo que publiqué en el número 719 de la revista *Nuestro Tiempo*, quiere ser una arqueología de la pregunta por la vida en la cultura contemporánea. Más en concreto, me interesa cómo algunas creadoras *millennials* han respondido a esa pregunta a través de obras poderosas, honestas y despolitizadas. Su mirada específicamente femenina y del todo contemporánea no puede adscribirse a un feminismo ideológico ni *woke*, sino más bien a lo que yo llamo un *feminismo vital*. Su arte y su pensamiento emergen de la vida vivida, de la experiencia femenina actual, y en ocasiones cuestionan o contradicen la ideología dominante con la honestidad como arma.

*Barbie eres tú* es, por lo tanto, un libro sobre lo humano a través de la mirada y la experiencia vital de mujeres cineastas *millennials*. En el primer capítulo, «Ida y vuelta a Barbieland», trazaré una guía de visionado de la película *Barbie*, o al menos trataré de desentrañar los tres niveles en los que puede verse la cinta, y que ejemplifican a la perfección este *feminismo vital* del que hablo. En «Barbie en el mundo real» trataré de diseccionar el humus cultural del que salen y al que en cierto sentido se enfrentan Gerwig y otras cineastas afines. Es decir,



procuraré delimitar el itinerario por el que el feminismo ha llegado a ser lo que es hoy. Por último, en «Barbie en zapatillas», señalaré los hilos que unen el cine de Greta Gerwig con el de creadoras del universo hispanohablante como Pilar Palomero, Carla Simón, Alauda Ruiz de Azúa o Ana Iris Simón. Creo que así el retrato es más sincero. No estamos solo ante una directora genial, sino ante una nueva corriente artística que me atrevo a decir que antecede a un cambio de pensamiento, o que al menos está hablando de una reacción de la mujer ante ciertos discursos contemporáneos. Si están dispuestos a montarse en el descapotable rosa, vamos a descubrirla.

